

seguridad también refleja una necesidad de obtener su apoyo para fortalecer la inversión en esta área.

*The Rebordering of North America...* presenta la integración regional en América del Norte como una realidad innegable que implica retos fundamentales para los países miembros del TLCAN. En el contexto del 11 de septiembre es preciso examinar preguntas como las que proponen los autores del libro. La situación actual ¿muestra los obstáculos para profundizar el proceso de integración o simplemente hace evidentes sus límites estructurales? Es claro que la política de seguridad en la frontera es clave para determinar el curso de la integración en América del Norte, pero no la única. A pesar de que los autores concluyen que las iniciativas futuras en temas de seguridad, migración y comercio probablemente vendrán de Estados Unidos, advierten que, prescindiendo de las decisiones de Washington y de la existencia o inexistencia de amenazas directas a la región, es necesario que los gobiernos sigan avanzando en la creación de instituciones y la armonización de políticas dentro del marco del TLCAN. Sin embargo, su análisis no profundiza en el hecho de que las consecuencias de la interdependencia económica y la presencia de nuevos actores transnacionales implican que estas iniciativas y presiones puedan venir de otras fuentes (por ejemplo, ONG, grupos de la sociedad civil, medios de comunicación, etc.). A pesar de las limitaciones de un libro relativamente corto que discute un tema tan reciente, *The Rebordering of North America* es una contribución valiosa que orienta la popular discusión sobre seguridad hacia temas subyacentes y abre nuevas vertientes sobre las cuales profundizar el debate.

ALEXANDRA DÉLANO ALONSO

Jorge I. Domínguez y Chappell Lawson (eds.), *Mexico's Pivotal Democratic Election. Candidates, Voters, and the Presidential Campaign of 2000*, Stanford, Stanford University Press/Center for US-Mexican Studies, 2004, 363 pp.

Durante décadas, las relaciones del gobierno mexicano y su partido con la oposición estuvieron orientadas hacia el reformismo electoral. Mientras que el Partido Revolucionario Institucional (PRI), encabezado por los respectivos presidentes, se esforzaba por otorgar a los partidos opositores espacios limitados que no pusieran en riesgo su propia hegemonía política, estos últimos aceptaban dichos espacios con el fin de mejorar su posición

negociadora en la siguiente reforma, en la que presionarían por condiciones de competencia más equilibradas que les permitieran reemplazar al partido que, para el año 2000, tenía el récord de permanencia ininterrumpida en el poder. La historia del estira y afloja alrededor de las instituciones políticas culminó en las reformas de 1996, en las que se fijan los requisitos de neutralidad e imparcialidad para la conducción de los procesos electorales.

La historia paralela a la de estas negociaciones es la del elector que, primero, dejó sin soporte al “hiperpresidencialismo” mexicano cuando en 1997 el PRI perdió la mayoría absoluta en la Cámara baja, y, tres años después, dio el tiro de gracia al régimen autoritario al votar mayoritariamente por un candidato presidencial opositor. Si las élites partidistas negociaron la “estructura” de una democracia electoral, los electores aprovecharon esta estructura para hacer realidad la mera posibilidad de alternancia.

El libro editado por Lawson y Domínguez nos habla de esta segunda historia. Sin olvidar la importancia del cambio institucional, sus diversos capítulos describen la evolución de las preferencias electorales entre febrero y junio de 2000 y explican los factores que influyeron en dicha evolución. Son varios sus atractivos. El primero que salta a la vista, con una ojeada al índice, es la participación de investigadores con antecedentes en el tratamiento general del sistema político mexicano o de algunos de sus aspectos específicos (cultura política, opinión pública, régimen e instituciones políticas, estudios electorales, partidos políticos); es decir, los llamados “mexicanólogos”.\* Sus respectivas contribuciones abordan el grado en que diversos factores incidieron en la orientación del voto, agrupadas en tres apartados: el contexto electoral, los partidos y los candidatos, y los mensajes de campaña y la respuesta de los electores.

No obstante, la nota más llamativa reside en el cuidadoso diseño de la investigación y su rigor metodológico. Como se explica en el capítulo introductorio, las preguntas fundamentales de la investigación (el efecto de la campaña sobre los resultados electorales) fueron formuladas con anterioridad a la verificación de los hechos que se pretendían explicar. Los autores diseñaron y supervisaron el Estudio Panel México 2000, consistente en dos encuestas nacionales y representativas realizadas en febrero y julio de 2000; entre una y otra, se efectuaron tres rondas de reentrevistas en mayo, junio y julio. Las reentrevistas fueron concebidas con la intención explícita de medir en lo individual los posibles efectos de diversos sucesos ocurridos duran-

\* Además de los editores, participan en el libro Roderic Ai Camp, Wayne A. Cornelius, Joseph L. Klesner, Kathleen Bruhn, James A. McCann, Alejandro Moreno, Beatriz Magaloni y Alejandro Poiré.

te la campaña. La segunda muestra nacional fue utilizada para controlar y corregir tanto la potencial “contaminación” en los entrevistados (sus respuestas pueden ser influidas por el hecho de ser reentrevistados) como la pérdida de representatividad registrada en cada ronda de reentrevistas. La base de datos, por cierto, está disponible para el público en internet.

Salvo en uno de los capítulos, todas las contribuciones recurren a este material para someter diversas hipótesis a pruebas estadísticas complejas, de tal forma que las distintas conclusiones presentan altos grados de consistencia entre sí (se limita el margen de contradicciones) y de capacidad explicativa interna (los métodos de verificación son rigurosos y aceptados).

En cuanto al tema, el interés intrínseco del libro parte de la constatación de un hecho resaltado tanto en la introducción como en las conclusiones: en enero del 2000, Labastida gozaba de una ventaja sobre Fox de entre 12 y 15 puntos porcentuales, rango superior al margen final de victoria del candidato panista, de 6.5%. Es decir que los cambios en las preferencias electorales ocurrieron durante la campaña y que estos cambios fueron determinantes en el resultado electoral. Como lo expone Domínguez: “De no haber sido por la campaña, el priista Labastida se habría convertido en presidente en vez del panista Fox” (p. 323). Uno de cada tres electores, destaca el mismo autor, cambió su intención de voto en algún momento de la campaña, sea para votar por un candidato cuando inicialmente estaba indeciso, para abandonar a un candidato a favor de otro o bien para abstenerse. Una virtud no menor del libro, tal vez debida al intento por hacerlo más accesible al público estadounidense, es que en varios capítulos se recrean los acontecimientos más importantes de la campaña y el dramatismo que adquirió por momentos, lo que ameniza la lectura a la vez que resalta el peso de dichos acontecimientos en el desenlace final.

En adelante, sintetizo los hallazgos más relevantes reportados en *Mexico's Pivotal Election*. Desde el momento de la selección del candidato, los tres partidos más importantes del país comenzaron a definir sus estrategias para acercarse al electorado y captar la mayor cantidad de votos posible. Se recordará que los candidatos tanto del Partido de la Revolución Democrática (PRD) como del Partido Acción Nacional (PAN) fueron escogidos sin oposición interna, mientras que Labastida tuvo que enfrentar una elección primaria que se mostró muy divisiva. Contra lo que argumentaron antes y después los detractores de esta innovación, sus efectos sobre los resultados electorales no perjudicaron al candidato priista, en la medida en que quienes habían favorecido a precandidatos distintos al ganador terminaron por apoyar a éste en las elecciones constitucionales. Más importante fue el hecho de que, durante la campaña, tanto Cárdenas como Labastida se vieron forzados a atender las necesidades de mantenimiento de la unidad

y los equilibrios internos de sus respectivos partidos, mientras que Fox tuvo una mayor libertad para orientar su estrategia exclusivamente a la adquisición de nuevos votos.

En este marco, uno de los aciertos fundamentales de Fox fue el de imponer el "cambio" como tema fundamental de la campaña. Este tema fue determinante en la definición del voto, por encima de otros importantes para la opinión pública como la delincuencia, la situación económica o la reforma política. Labastida cometió el error de aceptar este tema y presentarse como candidato del cambio, rechazando beneficiarse de los éxitos económicos del presidente Zedillo y la alta aprobación de que éste gozaba, con el fin de distanciarse del neoliberalismo. En este terreno, el candidato del partido en el poder durante siete décadas no podía ganar, y el público no sólo identificó el cambio como punto crucial de la campaña, sino que aceptó su definición como expulsar al PRI del poder y gobernar mejor en términos generales. El tino del equipo de campaña de Fox a este respecto se debe a que pudo capitalizar una tendencia preexistente en el electorado mexicano, que desarrolló una división fundamental entre quienes apoyaban al régimen y quienes se oponían a él. Asimismo, la recuperación económica no fue suficiente para neutralizar la impresión de que cada cambio de gobierno vendría acompañado fatalmente de una nueva crisis. Estas actitudes se mostraron más relevantes en la decisión del voto que las originadas por las posiciones ideológicas o las divisiones sociales de los mexicanos.

Además de convencer a la población de la necesidad del cambio, Fox también consiguió presentarse como la persona capaz de traerlo, en comparación con su rival opositor Cárdenas. La información sobre las tendencias electorales operó a su favor, de tal forma que sus llamados al "voto útil" (en lenguaje técnico, "voto estratégico") fueron recibidos por electores que, prefiriendo íntimamente a otro candidato, otorgaron su voto a quien veían con mayores posibilidades de triunfar sobre el PRI. Si bien la inmensa mayoría votó por el candidato de su preferencia, la cantidad de electores estratégicos fue crucial en la medida en que igualó el margen de victoria de Fox sobre Labastida.

Los mensajes de campaña de Fox consistieron en ataques muy fuertes tanto al PRI y sus gobiernos como a la persona de su candidato. Labastida inicialmente se presentó como hombre de Estado no dispuesto a seguir ese juego, pero después del primer debate contestó en el mismo tono. El candidato panista también surgió victorioso en este nivel: el principal logro de su campaña negativa fue el de convencer a algunos simpatizantes de Labastida de abstenerse el día de la elección, sin que su propio electorado se viese afectado; la negatividad del candidato priista, en cambio, lo debilitó entre sus propios simpatizantes sin tocar a los de su principal oponente.

Los debates televisivos entre los candidatos reprodujeron estos dos aspectos de la campaña. Contra lo que se piensa, los debates en sí mismos no fueron determinantes en el resultado final, pero sí lo fueron en la confirmación de las tendencias preexistentes y en la definición de las estrategias de campaña. En última instancia, la ausencia de efecto es una forma de efecto: si bien Labastida lució mejor en el segundo debate que en el primero, esto no bastó para incrementar su preferencia, mientras que Cárdenas únicamente pudo reforzar su imagen entre sus propios partidarios. Sin duda, los medios televisivos tuvieron un papel fundamental en los resultados finales. Gracias a una cobertura informativa fundamentalmente menos sesgada que en elecciones anteriores, la exposición a los noticiarios benefició la candidatura de Fox, muy en particularmente en el caso de los de Televisión Azteca.

Los diferenciales de participación electoral también tuvieron un impacto fundamental: en el total de los electores, la mayoría favoreció al PRI, pero esta mayoría fue comparativamente poco proclive a presentarse a votar. En esto influyó la desafortunada campaña del candidato oficial, pero también intervinieron las nuevas características de los procesos electorales. Por un lado, las limitaciones legales redujeron significativamente la posibilidad de recurrir a los antiguos mecanismos clientelares de movilización del voto, de tal forma que el recurso a ellos fue cuantitativamente limitado y cualitativamente poco eficiente. Por el otro, desde mediados de los noventa los electores de oposición se venían mostrando cada vez más propensos a presentarse a votar, como respuesta a la creciente confiabilidad de los procesos electorales. Así, la mayor limpieza electoral fue adversa al PRI.

Esta cuestión nos lleva a un último hallazgo importante. Como ya mencioné, la competitividad electoral era una realidad desde las reformas de 1996, independientemente de los resultados concretos. Sin embargo, la constatación de esta realidad a través de la alternancia en la presidencia actualizó las evaluaciones del público sobre el carácter del régimen político: si en febrero únicamente 40% de la población consideraba a México como una democracia, tras conocer los resultados este porcentaje se elevó a 63 por ciento.

El material producido en todas las contribuciones es retomado por Domínguez en el capítulo final para la elaboración de planteamientos de alcance teórico, aspecto tal vez un poco descuidado a lo largo del libro. Domínguez expone las condiciones en las que respectivamente es más o menos probable que las estrategias y hechos de una campaña electoral afecten los resultados electorales para, acto seguido, calibrar el grado en que dichas condiciones se presentaron en el proceso electoral analizado. Su conclusión es:

la campaña política afectó el comportamiento electoral en las elecciones de 2000 en México porque las adhesiones debidas a divisiones sociales fueron débiles [...], el partidismo se había debilitado en comparación con elecciones pasadas, las evaluaciones económicas prospectivas pesaron más que las evaluaciones retrospectivas y la evaluación del régimen político no fue un factor destacado en la determinación del voto. Los efectos producidos por los temas de valencia [aquellos que producen reacciones similares en todo el público] y por los candidatos impactaron el resultado electoral y su importancia creció durante la campaña electoral. No obstante, los efectos de la campaña política fueron limitados porque la identificación partidista permaneció como la variable explicativa más fuerte y porque el voto económico retrospectivo –resultado de décadas de experiencia– también ayudó a dar forma al comportamiento de los electores (p. 331).

El diseño de la investigación, el profesionalismo de los participantes en el proyecto, la variedad de perspectivas abordadas y la plausibilidad de las conclusiones dejan pocos huecos en cuanto a los hechos que *Mexico's Pivotal Democratic Election* se propuso explicar –los resultados electorales de 2000 desde la perspectiva del elector. Uno de ellos puede ser la dinámica del voto dividido: con la votación de Fox, la Alianza por el Cambio habría calificado para obtener la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados. Otra cuestión que merecía ser abordada se refiere al impresionante *swing* registrado entre 1997 y 2000, que separó definitivamente al PAN con respecto al PRD y lo proyectó como el partido opositor más viable. Las razones de estos cambios pudieron ser evaluadas preguntando a los encuestados sobre su voto en las elecciones intermedias (con todos los riesgos que tal medición implica).

Por otro lado, el libro representa un estímulo para abordar otros temas, más allá de que con toda seguridad se convertirá en referencia obligada para futuros estudios electorales y de opinión tanto en México como en América Latina en general. Por ejemplo, nuestra comprensión del fenómeno se vería muy enriquecida comparando sistemáticamente los hallazgos encontrados por este equipo con las actitudes del electorado en otros países que transitaron recientemente a la democracia por la vía electoral (Indonesia, Senegal, Kenia). Otro tema abierto se refiere a los cambios que la creciente competitividad produjo en el significado de las campañas electorales en México. Durante décadas, la verdadera competencia por el poder se dio de manera oculta, entre los miembros del gabinete y por el favor del presidente. Las campañas electorales servían para restaurar la unidad interna del partido a la par que se proyectaba la imagen presidencial del candidato (el ganador ya estaba definido). Una conclusión evidente de la lectura del libro aquí comentado es que el PRI no supo adaptar su maquinaria a las exi-

gencias de una competencia real y abierta entre candidatos por persuadir a electores en una campaña electoral que resultó decisoria.

RODRIGO SALAZAR ELENA

Marco Bellingeri, *Del agrarismo armado a la guerra de los pobres. Ensayos de guerrilla rural en el México contemporáneo, 1940-1974*, México, Ediciones Casa Juan Pablos y Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, 2003, 271 pp.

I. En el análisis de la versión mexicana del proceso de transición a la democracia, es ya un lugar común asociarlo a una larga y sinuosa liberalización política, cuyos principales puntos fueron las reformas electorales que dieron pie a la alternancia en la presidencia de la república con el triunfo de Fox en el año 2000. Esta visión propone una interpretación cercana a la que hace muchos años (1961) Alain Touraine denominó “una democratización por vía autoritaria”.<sup>1</sup>

En efecto, de acuerdo con esta postura analítica, fue gracias a iniciativas que se originaron en la cúspide del poder como México logró salir de un régimen político autoritario, que se reprodujo durante décadas a través de una estructura corporativa que pudo cooptar e integrar aquellos grupos políticos que manifestaron desacuerdos o que manifestaron posiciones disidentes.

Dicho régimen se reprodujo también por medio de un clientelismo que consiguió distribuir beneficios materiales y simbólicos a vastas masas movilizadas. En esta visión, el propio régimen, al verse enfrentado a diversas crisis políticas y económicas (1968, 1976, 1982, 1987, 1995), fue progresivamente transformando sus instituciones y en particular el acceso al sistema de representación. Por tanto, puede decirse que en esta visión pesan poco los desafíos que vinieron a cuestionarlo profundamente desde movimientos alejados del centro político.

Son esos desafíos, que se identifican con una visión muy diferente de la anterior, los que Marco Bellingeri busca describir y analizar en su libro *Del agrarismo armado a la guerra de los pobres*, recientemente publicado, que constituye la expresión más depurada de una serie de esfuerzos que han bus-

<sup>1</sup> Véase Alain Touraine, “Industrialisation et conscience ouvrière à São Paulo”, *Sociologie du Travail*, 4/61.